

ENSAYO SOBRE LA INGENUIDAD POLITICA DEL INTELLECTUAL

Por H. C. F. MANSILLA

La literatura teológica tradicional, el adoctrinamiento político en los sistemas totalitarios y las pautas educativas en los más diversos regímenes tienden a presentar la ingenuidad o, por lo menos, actitudes implícitamente ingenuas como normas positivas de comportamiento y como valores rectores de la conciencia humana. Esta valoración favorable a la ingenuidad ha sido difundida en la ya larga historia de la humanidad por medio de la literatura edificante, los panfletos políticos, la prédica oral y los modernos sistemas masivos de comunicación; como la difusión de esta posición ha alcanzado enormes contornos por una parte y sus resultados están lejos de ser positivos para el desarrollo humano por otra, se impone la necesidad de criticar severamente el fomento de la ingenuidad y de promover las virtudes justamente contrapuestas.

La ingenuidad de las masas es, en conjunción con otros factores, responsable parcialmente de la instauración y el mantenimiento de dictaduras y regímenes despóticos. Sin la credulidad del pueblo, sin el fácil juego que tiene la propaganda de arriba y sin las creencias simplistas y cándidas que distinguen a amplios sectores de la población, ningún régimen totalitario se hubiera podido mantener largo tiempo en el poder, pues el recurso de la coerción física y el monopolio de las fuerzas militares no bastan por sí solos para hacer viables, exitosas y estables a las múltiples formas de tiranía. La ingenuidad de las masas no es, de ninguna manera, una peculiaridad de los países pobres y subdesarrollados; la instauración de regímenes fascistas no hace muchos decenios en Alemania e Italia demuestra hasta donde puede llegar la estupidez colectiva, cuando en sociedades muy avanzadas hay un clima propicio para que la ingenuidad de las masas produzca sus efectos más desastrosos e inhumanos.

La ingenuidad de las masas es, sin embargo, hasta cierto punto comprensible. Sin grandes posibilidades de educación, sin acceso continuo a las fuentes de cultura, rodeados por un ambiente mediocre y teniendo que em-

plear la mayor parte de su tiempo para ganarse el sustento diario, estos grupos humanos subprivilegiados pueden darse pocas veces el lujo de un espíritu crítico. En realidad, lo que resulta verdaderamente criticable y puede tener un efecto calamitoso para el desarrollo de nuestras sociedades, es que la ingenuidad sea una característica generalizada entre los estratos intelectuales y los grupos dirigentes, pues ellos ejercen un efecto multiplicador en el resto de la sociedad y sirven de marco de referencia en muchos órdenes a las clases no privilegiadas.

Los intelectuales pueden ser considerados, en líneas generales, como productos de su medio ambiente. Si bien son ellos los que —a veces— trascienden la facticidad cotidiana con sus críticas, proyectos y acciones y son conscientes de los aciertos y fallas de las sociedades en que viven, es posible considerar a la mayoría de ellos como fieles reflejos de la estructura social de origen, potenciando sus debilidades y multiplicando sus defectos. Esto es especialmente válido cuando se analizan las frustraciones, angustias, vicios y deseos no conscientes que los intelectuales se dedican a racionalizar, sistematizar y exponer de manera aparentemente científica y objetiva: en este caso los intelectuales no realizan una labor original de creación ni ponen de relieve críticamente los aspectos negativos de sus sociedades, sino que se limitan a dar un barniz de verosimilitud científica a los mitos colectivos, a sus prejuicios de toda índole y a sus ansias de dominación y poder. Debe añadirse aquí que el origen y formación de la mayoría de los intelectuales los predestina a cumplir esta función de racionalizar prejuicios y metas del preconsciente colectivo y de fabricar nuevos mitos para satisfacer ciertas necesidades sociales; estos individuos en cuestión representan casos relativamente típicos de frustraciones, angustias y manías, por lo que a primera vista pueden ser tomados como intérpretes fehacientes, auténticos y progresistas de su medio social respectivo. Empero, para cumplir razonablemente la función de intérprete de una sociedad y no reducir esta función a un mero reflejo de la facticidad existente, es imprescindible trascender teóricamente la conformación del medio social dado, mantener una distancia crítica con respecto a éste y no hacer concesiones cuando la sensiblería, el folklorismo político y las modas sociales así lo exijan. En una palabra: la interpretación racional de una sociedad requiere que se reconozcan sus frustraciones sin ser parte de ellas, que se analicen sus prejuicios sin plegarse a ellos y que se consideren las metas del preconsciente colectivo sin ser víctima de ellas. La ingenuidad de la mayoría de los intelectuales consiste, pues, en que éstos ven en la coincidencia entre frustraciones y prejuicios sociales e individuales la legitimación de su función y en la repetición de aspectos negativos hallan una prueba de su preten-

didá compenetración con los anhelos populares. Esta ingenuidad concuerda hasta cierto punto con la de las masas subprivilegiadas: éstas ven, no sin agrado, la formulación de sus prejuicios y frustraciones a un nivel superior y están, por tanto, dispuestas a conceder autoridad moral y científica a quienes racionalizan en forma efectiva aquellos aspectos nada promisorios de la mentalidad colectiva, pues tienden a sentirse «comprendidas» por esas interpretaciones mistificantes. La gente toma por verdadero aquello en lo que ha creído siempre; las mejores verdades son los viejos prejuicios. Por ello, en el fondo es muy comprensible que justamente las concepciones más limitadas, los mitos sociales más irracionales y las políticas más irresponsables sean las más populares y que los intelectuales encuentren casi siempre ejércitos de dóciles ovejas que los sigan al liderizar ellos las respectivas tendencias.

La ingenuidad de la mayoría de los intelectuales tiene un cariz sencillamente peligroso: ellos mismos no se dan cuenta que son productos de la frustración del medio ambiente y que individualmente representan casos de fracaso profesional, debilidad teórica y sinuosidades éticas. Estos grupos se basan, para su justificación como líderes de la sociedad, en un pretendido mejor conocimiento de los problemas de ésta, cuando en realidad se limitan a ejercer el clásico negocio de la ideología, como ya lo señaló Hegel como característica esencial de los intelectuales: el hacer pasar deficiencias y aspectos negativos como virtudes y logros, el cohonestar prejuicios y mitos como normas progresistas y pautas ejemplares y el elevar ciertos aspectos de la facticidad cotidiana a la categoría de auténticas conquistas sociales y culturales. La peligrosidad de esta posición ingenua reside en el hecho de que así se imposibilita efectivamente el surgimiento de una actitud crítica y analítica y se solidifica la forma actual del pensamiento colectivo mediante una racionalización muy hábil de las falacias de moda.

La dedicación a tiempo completo por parte de los intelectuales al negocio de la ideología denota una clara correlación entre su pretendida labor de educación socio-política y sus reales intenciones con respecto al poder político. La mayoría de los intelectuales de izquierda suelen autodescribirse como meros instrumentos de los anhelos y movimientos populares, como intérpretes de las necesidades y metas de las clases desposeídas y como sujetos totalmente integrados en los movimientos proletarios y campesinos. Tal vez lo sean verdaderamente en algunos casos; pero en la gran mayoría de éstos la supuesta integración es únicamente un momento de aquella tendencia a la racionalización de las ansias de poder y prestigio que corroen incesantemente la mente de los intelectuales más que en cualquier otro grupo social. Estos señores provienen mayormente de los estratos medios,

generalmente de la clase media baja, y han sido motivados en su preconsciente a tratar de ganar posiciones de poder y prestigio, a emular a las clases altas y a adoptar actitudes paternalistas frente a los auténticamente desposeídos. Como es improbable que alcancen posiciones de prestigio y menos de poder a corto plazo mediante una carrera ardua, larga y normal dentro de la sociedad tradicional, los intelectuales disidentes tratan de llegar a ser la élite rectora a través de un proceso revolucionario que destruya las clases altas establecidas —uno de los obstáculos a sus intentos— y lleve a ellos —los guías e intérpretes del proletariado— al pináculo del poder. Esta constelación permite a los intelectuales matar dos pájaros de un tiro: gozar de todas las ventajas que brinda el poder político o la dirección de los movimientos populares y conseguir una prueba irrefutable de su dedicación a las clases no privilegiadas y de su identificación con los intereses populares. (Es cosa muy conocida que la jefatura de los partidos socialistas y comunistas y la dirección de la mayoría de los movimientos de reivindicaciones populares están en las manos de intelectuales provenientes de las clases medias, y más aún si tales partidos llegan a ejercer el poder político. Ellos impiden simultáneamente el surgimiento de una cultura auténticamente popular y logran generalmente imponer sus pautas de comportamiento, sus normas éticas y su mal gusto pequeño-burgués como logros del proletariado triunfante.)

Otro rasgo característico de los intelectuales comprometidos con movimientos populares y causas socialistas es el mantenimiento de sus actitudes arrogantes, paternalistas y dogmáticas frente a las masas de dichos movimientos, pues se consideran a sí mismos como la encarnación de la verdad, la rectitud y la razón. La ingenuidad en este caso consiste en que ellos creen que han alcanzado una simbiosis total con los desposeídos, especialmente en el terreno de las normas socio-culturales, cuando en realidad no hacen más que reproducir el esquema de dominación y privilegios bajo un delgado barniz socialista. En los casos más evidentes de incongruencia, los intelectuales hacen pasar su arrogancia y su prepotencia por la firmeza necesaria en tiempos revolucionarios, la autoridad incontestable de la dirección política socialista y por la disciplina imprescindible para la construcción de un orden social superior.

Las expresiones más evidentes y simultáneamente más deplorables de la ingenuidad intelectual se hallan en la esfera de la ideología y la política. La mayoría de los intelectuales progresistas presiente en forma no consciente su ingenuidad sobre causas y desarrollo de muchos problemas socio-políticos del mundo contemporáneo, pero como no está en condiciones de explicarlos mediante un análisis racional tiende a una posición de sus-

picacia total y permanente, creyendo que este extremo es la mejor arma contra la ingenuidad. Así es como estos intelectuales creen ver en todas partes la mano de los poderes imperialistas, la intervención de la CIA y la confabulación de la reacción. Además de suministrar una explicación aparentemente plausible para los incautos, el recurrir permanente a las intrigas del imperialismo para explicar todos los fenómenos del mundo actual cumple una función eminentemente práctica: el notable ahorro de energía e ingenio derivado de no tener que fatigar el propio cerebro ni tratar de indagar por la verdadera y quizá intrincada configuración del problema, pues justamente esta indagación podría conmover las opiniones prefijadas, los puntos de vista y los prejuicios que los intelectuales tienen sobre el asunto en cuestión. El adoptar una posición de intransigente suspicacia antiimperialista sirve entonces para encubrir la auténtica ingenuidad de la mayoría de los intelectuales, evitarles cansancio cerebral y alejarlos de un cuestionamiento lógico de las propias posiciones.

Este tipo de ingenuidad está íntimamente relacionado con la creencia en el valor mágico y la función ritual de ciertas fórmulas, teoremas y normas de actuación pública. No solamente los intelectuales progresistas, sino también los políticos de izquierda, los artistas, los movimientos disidentes y los *hippies* creen en la fuerza mágica y en las cualidades explicativas todopoderosas derivadas de la repetición ritual de ciertas fórmulas y del uso recurrente de los mismos modelos interpretativos; por lo visto, las letanías antiimperialistas, la repetición de viejos eslóganes sobre la maldad intrínseca del capitalismo e individualismo, los cánticos a las bondades del socialismo y las interminables apelaciones a la solidaridad del Tercer Mundo ejercen aún hoy una fascinación irresistible sobre intelectuales y no intelectuales. No hay actualmente un programa político progresista que no se reclame de socialista o, por lo menos, de nacionalista. Prácticamente no hay intelectuales que declaren estar fuera de las tendencias de izquierda; todos son socialistas, diferenciándose sólo los matices. La función mágica de todos estos conceptos consiste en que el uso inflacionario de ellos dispensa de todo análisis serio, produce una aureola irrefutable de progresismo, humanismo y justicia social y asegura siempre un extenso séquito de ingenuos partidarios —en vista de tales resultados no se pueden negar virtudes mágicas a tales fórmulas y conceptos...

La ingenuidad de los intelectuales está igualmente ligada a esperanzas mesiánicas a corto plazo y una peculiar ceguera con respecto a los modelos socio-políticos que ellos mismos postulan. Se tiende a bagatelizar las complejidades y las dificultades en la construcción del nuevo orden propugnado: el esfuerzo principal es concentrado en combatir al enemigo «im-

perialista», en formar aparatos burocráticos y en elaborar sutiles métodos para engañar a las masas incautas. Una vez derrotado el enemigo e instaurado el poder popular y revolucionario todo es infinitamente más sencillo, pues el partido infalible y la sabiduría de sus intelectuales llevarán la revolución por buen camino. Si ésta llegase a fracasar, la culpa recae naturalmente en el enemigo de clase.

Con respecto a los resultados obtenidos por el sistema socialista en sus múltiples variaciones desde 1917, los intelectuales progresistas muestran una ingenuidad rayana en el autoengaño. Aparte de la minimización de los aspectos negativos inherentes a tales regímenes, en estos círculos se mantienen ilusiones acerca de los caracteres propios y particularidades de cada régimen socialista. Los mismos intelectuales, que prefieren ignorar las circunstancias bajo las cuales se construyó el socialismo en la Unión Soviética, aseguraron que la instauración de gobiernos comunistas en Europa Oriental que estaba económica y culturalmente más adelantada que el Imperio zarista, evitaría la mayor parte de los problemas y las penurias que sufrió el primer Estado socialista del mundo y daría como resultado una forma muy diferente y superior de socialismo en comparación con la Unión Soviética. Con relación a los países del Tercer Mundo, estos mismos intelectuales sostuvieron que las diferentes tradiciones, modos de producción y el carácter más individualista de estas regiones producirían, sin duda alguna, un socialismo muy particular, menos burocrático y con más libertades individuales que en los países de Europa Oriental. Los resultados visibles hasta el momento hacen aparecer esta opinión como una mentira piadosa: tanto los regímenes socialistas de Europa Oriental como los del Tercer Mundo no se diferencian apreciablemente del modelo primigenio soviético, salvo en el folklore y el deporte, denotando los sistemas socialistas del Tercer Mundo una grave falta de eficiencia, una productividad laboral muy baja y un notable desorden administrativo como genuinos signos de individualidad.

La inmensa mayoría de los intelectuales de izquierda y muchos de los políticamente no alineados sufren de una dolencia muy característica: son tuertos del ojo izquierdo o por lo menos padecen de una grave miopía en este ojo. Simultáneamente poseen una visión más que buena y precisa en el ojo derecho —no se les escapa ningún problema, ninguna crisis, ningún asalto a los derechos humanos y ningún pavimento en mal estado en los países capitalistas y en las dictaduras reaccionarias—. La mayoría de sus críticas al sistema «burgués», a la ideología de la libre empresa y a los aspectos negativos del capitalismo, suele tener cierta verosimilitud, puede estar bien documentada y contener innovaciones analíticas importantes.

Empero, cuando estos señores fijan la vista en los regímenes socialistas y en los sistemas nacionalistas de izquierda, ocurre un fenómeno de nublamiento visual: todo aparece mejor de lo que es en la realidad. No es que todo adquiera entonces color de rosa, pero los errores —y los horrores— de los sistemas en cuestión adoptan un carácter estrictamente temporal, provisorio y sin demasiada importancia; los modestos logros alcanzan una dimensión gigantesca y los costos sociales generados por la construcción acelerada del socialismo desaparecen casi enteramente del campo visual. Estos señores están siempre dispuestos a protestar enérgicamente contra la más mínima reducción de los derechos civiles y políticos dentro del sistema «burgués» (lo que es plenamente correcto) y a considerar cada lastimadura infligida a un militante izquierdista como un atentado contra la libertad política, pero se callan o emiten débiles murmullos en caso de transgresiones masivas a la ley en países socialistas; igualmente prefieren ignorar de plano la carencia de libertades políticas e individuales y los elevados costos sociales de la industrialización forzada en estos sistemas. En cierta medida, la actitud de los intelectuales se parece a la parábola evangélica: ellos denuncian la astilla en el ojo ajeno, pero no perciben la viga en el propio. Los millones de víctimas del estalinismo, las sangrientas luchas de fracciones, la uniformidad y mediocridad de la vida cotidiana y la falta continuada de libertad e igualdad en los regímenes socialistas y nacionalistas de izquierda no quitan una noche de sueño a esos intelectuales, pero movilizan la opinión pública mundial y emprenden las más diversas acciones si en un país capitalista un partido izquierdista es prohibido, si la policía comete atropellos o si la censura impide la aparición de una publicación marxista.

La parcialidad manifiesta de los intelectuales progresistas está racionalizada por variados esquemas y teoremas usados según conviene la situación. Uno de ellos es el de la doble moral (a los otros hay que exigirles respeto a la libertad, pero hay que acabar con ella una vez instalados en el poder); otro postula que la «comprensión» de la realidad en el bloque socialista lleva necesariamente a la aprobación de tal realidad. El «comprender» deviene así en «perdonar» y «apoyar». La dialéctica sufre una forma muy extendida de perversión: el análisis deja de ser crítico para convertirse en apologético y para cohonestar lo inhumano como modelo socialista de humanismo.

A esta parcialidad se debe atribuir, por otra parte, la incapacidad de esos señores de aprehender relaciones complejas, problemas diferenciados y casos de interacción recíproca. Ante la complejidad de cualquier problemática reaccionan con esquemas maniqueístas: blanco/negro, bueno/malo,

revolucionario/reaccionario. Justamente acerca de problemas tales como la crisis ecológica, la explosión demográfica y el agotamiento de recursos naturales, la gran mayoría de los intelectuales ha descubierto sin mucho esfuerzo la solución: combatir al capitalismo, imitar las recetas de regímenes socialistas, tener fe inquebrantable en la sabiduría de las direcciones revolucionarias, esperar los magníficos resultados de la estatización, planificación, centralización y burocratización, cuyos efectos secundarios son naturalmente mínimos y superables obedeciendo las consignas del infalible Comité central.

Un caso manifiesto de ingenuidad representa la concepción política sostenida por los partidarios del nacionalismo de izquierda. Existe tan poca confianza en las propias ideas y tan poca solidez analítica dentro de la teoría de esta línea que sus representantes se hacen dictar las condiciones de la confrontación y el fundamento teórico mismo por los enemigos. Es así que la mayoría de los nacionalistas de izquierda consideran al propio sistema como mera transición a un régimen «más avanzado», como fragmento de la esfera socialista. Los intelectuales dogmáticamente marxistas contribuyen a fomentar este clima, y en nombre del conocimiento científico y aparentemente *sin interés político concreto* anuncian la inevitabilidad del socialismo, el carácter meramente transitorio de todo nacionalismo, la idea de que toda revolución debe «avanzar» para no morir y otras analogías tomadas de las supersticiones intelectuales. La ingenuidad de unos y la picardía de los otros se dan aquí la mano.

Ingenuidad, dogmatismo y ansia de poder forman la sagrada trilogía, núcleo de las concepciones sostenidas por la mayor parte de los intelectuales de izquierda. La contribución de estos grupos al progreso de la humanidad no debe, por tanto, ser sobrevalorada; su influencia sobre la actividad política ha sido muchas veces sencillamente funesta y detestable. Cuando individuos toman el poder político como medio de satisfacer sus intenciones preconscientes de dominio y autoridad y como manera de racionalizar sus complejos de no haber nacido dentro de las clases desposeídas, pero de realizar en la praxis sus anhelos paternalistas, el resultado no puede ser más deplorable y negativo. La racionalización de esos anhelos y la consiguiente pérdida de la dimensión crítica tienen una significación que sobrepasa el terreno meramente académico: la esperanza de un mejoramiento fundamental de la existencia humana queda despojada de su misma base si la praxis de la liberación no dispone de una instancia correctiva impregnada de las libertades políticas y de la dimensión crítica y si los medios y el camino para tal liberación son considerados ya como logros definitivos y como los fines mismos que se quería alcanzar.